

Reality Show

Reina ROFFÉ

A María Rodríguez Bayraguet

Me han dejado sola en la cabina de maquillaje, frente al espejo. No es un espejo deformante, pero parezco otra, mucho mayor. Mis rasgos de expresión son más altivos. La boca carnosa, delineada de marrón oscuro como un corazón enfermo o en fase de descomposición. Los ojos enormes, casi saltones, están surcados por un tatuaje, una raya negra, límpida, perfectamente cóncava, sobre el párpado inferior. Los pómulos, sombreados con tres capas de polvos y coloretos, dan la sensación de haberse levantado, endurecido; dos pelotillas de goma, dos protuberancias asiliconadas de nailon larga duración. La barbilla, fina y firme, como si la contuviera una mentonera de látex embebida en elastina y colágeno. Mi rostro es una máscara y la máscara será mi rostro con los años. Me destempla la idea y sudo. *Los animales sudan, las personas transpiran*, oigo a menudo decir en mi casa. Nunca aprenderé.

La maquilladora, al volver, me regaña, y lo hace con tanta vehemencia que olvido mis fallos lingüísticos, el daño de mi mal hablar. Refunfuñando, retoca mi máscara con una esponja que absorbe el brillo de la frente y la nariz, del mentón. Pero el sudor está localizado en forma de bigote acuático sobre el labio superior. Quiero alzar la mano, quitar mi bigote, pero la maquilladora me ha inmovilizado. Intento limpiarme con la lengua, pero cuando amago sacarla, la esponja tapona mi boca y paladeo un sabor amargo.

Es un programa en directo, chillaba otra vez la maquilladora, *el mejor reality show de la televisión, no se puede sudar, no se puede salir con bigote*. Ella también habla mal y no se avergüenza. *Ya*, grita, y alguien me alza en peso y me conduce al plató.

Espere aquí, me ordenan, y yo espero sentada a un lado de las cámaras, frente al monitor. Espero y miro la pantalla. Las imágenes se suceden vertiginosamente con un fondo musical atronador. De pronto, la música baja: Pedro José Muntaner, 58 años, dice una voz en off, mientras muestran la foto de este hombre cuando era muy joven, una fotografía ajada en blanco y negro. La voz en off continúa: Lo último que la familia Muntaner supo de Pedro José fue que vivía en Barcelona y trabajaba en una casa de moda llamada Erómano. Aparece en cámara una mujer de mediana edad con una hiriente prepotencia en el rostro y dice, ¿dice? En verdad, no oigo lo que exclama con tanta amargura, me distraigo, porque descubro que la mujer está en dos partes a la vez, de pie en la pantalla y también sentada a una mesa del plató, duplicada. Sólo capto palabras dudosas: Pedro José, quisiera saber hacia dónde diriges tus pasos, perdóname, te quiero, vuelve.

Yo practico internamente mi parlamento, lo que voy a decir, lo que debería decir: Madre, ¿o te gustaría que te llamara mamá?, necesito conocer tu historia desde el principio, qué hiciste antes de tenerme, qué pasos seguiste, qué sucedió?

La voz en off, nuevamente complementada con otra foto antigua, recita: Dolores Pérez Cárceles, 43 años. Dolores se quedó embarazada y su padre la echó de casa. La familia intentó localizarla durante años para remediar la injusticia.

De inmediato, se ve a otra persona en cámara: Lola, dice, soy tu tía Manoli. Mira, te estoy buscando. Me imagino que tendrás un hijo o una hija. Tengo muchos deseos de verte a ti y al pequeño.

Me desconcentro y pierdo el hilo de lo que sucede en el monitor y en el plató. Sólo escucho el eco corregido de lo que quiero averiguar: ¿Qué injusticia cometieron contigo, madre? ¿Quién, dime, te echó de casa? ¿Estuviste muy enfadada? ¿Estás ahora en paz con el mundo, o es que siempre has vivido fuera de él?

Otro eco se interpone, es la voz del presentador: El teléfono 900 800 700, ya lo saben, es la línea directa que pueden marcar quienes tengan cualquier indicio de estas personas. Les pido que colaboren. Las familias están aquí a la espera de noticias. Después de la publicidad, les daremos otro avance de lo que va a ser nuestro siguiente caso.

Pero el siguiente caso no es el mío, quizá porque he vuelto a sudar, tal vez porque no tengo una foto en blanco y negro de mi madre, una foto vieja de mi madre joven, de mi madre niña. Vuelve la maquilladora a sujetarme, viene con su esponja de polvos absorbentes a eliminar mi bigote acuático, a tensar mi boca de corazóncito palpitante.

En pantalla aparece una adolescente irreconocible, una extraña, otra mujer perdida que, ahora, alguien desea recuperar. Alguien ¿quién? necesita repentinamente animar y desanimar la imagen de la mujer atrapada en un pasado remoto. Baja la música y la locución en off dice: Hija de la inmigración, Matilde nace en México. Su madre la envía a España, a casa de unos primos que se hacen cargo de ella. Tras una infancia conflictiva, surge una joven rebelde que a los 18 años desaparece de su hogar.

El presentador añade: Esta es la historia que ahora vamos a desarrollar, la de Matilde, que nació en el seno de una familia desmembrada y, por eso, desde muy niña, su hogar fue, principalmente, la calle. Abocada a vivir lejos de los afectos más próximos y al margen del entorno familiar, la niña, cuando se hace adulta, tiene en gran medida trazado su destino. Su prima mayor, Marisol, que no ha cesado durante 15 años de buscarla, quiere hacerle llegar un mensaje con la intención de rescatarla de lo que ha sido y puede ser para ella una mala vida.

Desde el plató, Marisol, una cincuentona oronda, cejijunta, gastada, pero sin ningún sudor o brillo aparente en su máscara, vomita a trompicones: Yo siempre le decía que no se fiara de los hombres, porque mienten mucho, y cuando consiguen lo que quieren se olvidan de todo. Ustedes perdonen, pero es la pura verdad, los hombres no son buenos para ella. Que no son buenos para ti, Matilde, créeme.

Ahora la música es de cabaret y las imágenes son de calles estrechas y miserables, por ellas transitan prostitutas. Una, muy descarada, saca la lengua. La cámara gana otro plano y enfoca a un grupo de putas acercándose a los coches, que aminoran la marcha y se detienen. Primerísimo primer plano de un mechón rubio oxigenado, también de un sujetador conteniendo dos excesos de carne sonrojada y, otro, de una boca con forma de corazón, como la mía, casi púrpura.

La prima Marisol: Ella nunca quiso estudiar y para trabajar no servía. Servía para andar con los hombres, antes, cuando era joven y bonita, ahora estará hecha un asco. Más imágenes de prostitutas y calles.

La cejijunta Marisol: Voy por todas las esquinas, voy a todas partes, a ver si la veo, y nada.

Presentador: Esta mujer es la prima mayor de Matilde, buenas noches Marisol. Hay que ver lo que ha pasado usted, incluso durante el reportaje, lo ha pasado mal, pero merece la pena, no sé si usted lo siente así, es un operativo de búsqueda muy importante el que estamos realizando.

Marisol: No sé.

Presentador: ¿Le gustaría agregar algo más? Posiblemente Matilde o alguna persona cercana a ella está escuchando su mensaje.

Marisol, más cejijunta: ¿Sí? No sé, no sé.

Siento que el *brush* extendido desde el centro de los pómulos hacia las sienes está haciendo un camino inverso, barrido o lavado por un copioso sudor incontenible. Los pigmentos naturales del talco micronizado no resisten la formulación de mis fluidos que emanan a borbotones. Me derrito como una vieja puta menopáusica. Toda mi toilette facial despintada y nadie viene a componerme. No llegaré nunca a decir mi parlamento. Tampoco sé qué decir ni a quién dirigirme.

El mundo, finalmente, es una aldea, proclama el presentador. Qué sé yo, pienso, mientras se introducen en mi boca, como una hiel, las aguadas micropartículas inestables de corta duración del maquillaje.

Si el mundo es una aldea, madre -practico- y en ella parece representarse una comedia de boulevard, en qué embrollo cómico te perdiste durante tantos años. Quiero encontrarte, quiero conocer esa parte de ti que me fue negada. Te busco para justificarte, para justificar el abandono al que me sometiste.

Oneroso empeño: la búsqueda, el maquillaje, capturar el pasado, ponerlo en primer plano, desempolvarlo, volver a cubrirlo con una capa de barniz reluciente de hechos, circunstancias, viajes, historias. Mi sudor, perdón, la transpiración de mi cuerpo hierve, empaña la lente de la cámara, no puede tomarme, me convierto en vaho, me diluyo, soy excluyente, impresentable, líquida, licuada, un manchón rosa y ciruela, rojo y magenta, agua en aceite, agua de borrajas.

No sé, insiste Marisol, no sé qué más decir. Su entrecejo es ahora una sola línea espesa, negra, un cepillo de pelo duro y en punta.

¿Y si no quiere ser encontrada? Me refiero a mi madre, que por algo se cuidó tanto de no dejar rastros. ¿Y si estuviera muerta? Que en paz descansa y no vuelva. De haberse muerto, estará en el cielo, y no por buena, es que por el infierno de la tierra pasamos todos.

Dicen que la Naturaleza, madre suprema, carece absolutamente de moral, de ética, de piedad; en especial, de piedad (que es cariño filial y misericordia), algo que los creyentes superficiales ignoran por completo. ¿Y si mi madre fuera la encarnación de esa furia incontrollable de la Naturaleza que produce, casi sin aviso, tornados, maremotos, temblores de la tierra, calamidades a la carta? ¿Y si fuera, sencillamente, una Arpía, como hay tantas, súbdita directa de las Furias? De esas que provienen de mundos inferiores, pero, agrandadas por el hecho de ser madres, abren sus macabras alas, se elevan como los pájaros y, como ellos, nos cagan una vez y otra vez, toda la vida.

La maquilladora guarda sus enseres y se va tranquilamente sin ni siquiera saludarme. Me deja desarmada y pringosa a la espera de mi intervención, que no llega nunca. Debo ser incorregible, se dio por vencida.

Pensándolo bien, mi madre hizo lo mismo que cualquier otra: despedirme al mundo, sola y desnuda, desde sus oscuras cavidades para volverme a engullir y digitar cada uno de mis días con su dedo creador, y destructor, convirtiéndome en un bocado de su antojo. Ese dedo masculino con el que las madres violentan y destrozan especialmente a sus hijas en su demoníaca ansia de dominio y trascendencia perpetuos. Madres que retuercen y a quien se les debe siempre rendición. Madres Medusas irreductibles, de las que jamás puedes liberarte totalmente. Tótem, somos, de su imaginación perversa y su doblez emocional.

Subrepticamente, me han sentado a la mesa del presentador. Él me observa con desconcierto y pena, se me ha caído la máscara, y me dice: Sabemos, querida amiga, de su incesante búsqueda y de tantos años de sufrimiento por esa ausencia irreparable que ahora queremos subsanar. Pero antes, cuéntenos lo que usted más ha deseado durante todo este tiempo en que su madre permanece en paradero desconocido.

Miro a los ojos de buey degollado del presentador y, como Marisol, la cejijunta, no sé qué responderle. Miro a la luz roja de la cámara y con una serenidad de Gorgona, bajito pero claro, digo: *Ser hija de mí misma.*